





**«Asín que ya la digo,  
señá Tomasa»:**

**El lugar de la variación  
en la descripción lingüística**

Lección Inaugural del Curso Académico 2008-2009,  
pronunciada por el Profesor Dr. D. Julio Borrego Nieto,  
Catedrático de Lengua Española  
de la Universidad de Salamanca,  
en el solemne Acto Académico celebrado  
el día 19 de septiembre de 2008  
presidido por el Sr. Rector Magnífico  
D. José Ramón Alonso Peña.

JULIO BORREGO NIETO

«Asín que ya la digo,  
señá Tomasa»:

El lugar de la variación  
en la descripción lingüística



VNiVERSiDAD  
D SALAMANCA

© Universidad de Salamanca  
Autor

Depósito Legal: S. 1.284-2008

*Impreso en España - Printed in Spain*

GRÁFICAS LOPE

C/ Laguna Grande, 79. Polígono «El Montalvo II»  
Teléf. 923 19 41 31 - Salamanca (España)

*Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro  
puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito  
de la Universidad de Salamanca.*

## 1. LA TAREA DEL GRAMÁTICO Y DEL LINGÜISTA

Hace más de dos décadas, Humberto López Morales, removedor de conciencias científicas y doctor «honoris causa» por nuestra Universidad, puso en marcha lo que se ha llamado «El Proyecto Panhispánico de Léxico Disponible», al que enseguida se sumó entusiasmado el equipo de investigación con el que trabajo. El «léxico disponible» es un concepto técnico que designa el vocabulario que, por ser fuertemente temático, es decir, por estar muy ligado a un determinado campo conceptual –técnicamente conocido como «centro de interés»–, no resulta especialmente frecuente, pero acude a la mente en cuanto se habla o se evoca el campo al que pertenece. Para obtener este vocabulario se utili-

zan encuestas asociativas en las que se pide a los sujetos que, durante un tiempo determinado (últimamente fijado en dos minutos), mencionen palabras que tengan que ver, por ejemplo, con «la ropa». A los resultados se les aplica un programa que conjuga el número de apariciones de determinado vocablo con su posición en cada una de las encuestas, con lo que se obtiene así el «índice de disponibilidad» de cada pieza léxica. Obtenidas las listas correspondientes, se observa, por ejemplo, que una palabra como *pantalón* no muestra una posición alta en los diccionarios generales de frecuencia, pero es muy «disponible» cuando se habla de ropa, de modo que resulta, en todo el mundo hispánico, el prototipo de este centro de interés.

Lo curioso es que este concepto, que nació con pretensiones exclusivamente lingüísticas, ha resultado útil en otros campos, por ejemplo el de la psicología social. En efecto, cuando se presentan a los sujetos centros de interés más *difusos* que el de

la ropa, con el que he ejemplificado, no solo dan ejemplares de individuos adscritos a esa categoría, sino también conceptos evocados por ella, como es el caso de *tranquilidad, sosiego* para el centro de interés «el campo» o *contaminación, prisa* para el de «la ciudad». Podemos conocer así qué imagen tiene un determinado grupo social de aquella parcela de la realidad por la que se le pregunta.

Pues bien, imagínense ustedes formando parte del experimento y escribiendo sobre el centro de interés «lingüista». ¿Qué palabras se evocarían para construir su imagen? Espero que no coincidiera mucho con la de aquella señorita que, entrando un día con un llorado poeta español en su piso de Madrid, en el que a la sazón pernoctaba el no menos llorado Emilio Alarcos, recibió esta recomendación por parte del poeta: «No hagas ruido, que en esa habitación está durmiendo un lingüista». A lo que la trabajadora del amor respondió: «¿Un lingüista? ¡Anda, como yo!»

Más fácil de predecir sería, sin duda, la imagen evocada por «el gramático» y «la gramática». Para muchos consistiría seguramente en un aburrido señor (o señora) y en una aburrida disciplina, practicada en la enseñanza primaria y secundaria y luego felizmente olvidada, que trataba de coger una oración y meter sus partes en cajones rotulados o, más modernamente, en esquemas ramificados llamados familiarmente «árboles». Es decir, en hacer «análisis».

Afortunadamente, durante el siglo xx la gramática ha progresado de una forma extraordinaria y ya tiene bastante menos que ver con esa disciplina puramente taxonómica. Clasifica, como todas las ciencias –y no es tarea sencilla hacerlo con rigor–, pero pretende llegar mucho más lejos. Recuerden ustedes, por ejemplo, estos dos textos de Julio Cortázar. El primero habla de la actividad de una pareja –él y ella–, que describe así:

Apenas se entreplumaban, algo como un ulucordio los encrestoriaba, los extrayuxtaba y paramovía, de pronto era el clinón, la esterfurosa convulcante de las mátricas, la jadeollante embocapluvia del orgumio, los esproemios del merpasmo en una sobrehumítica agropausia. ¡Evohé! ¡Evohé! Volposados en la cresta del murelio, se sentían valparamar, perlinos y márulos<sup>1</sup>.

En este texto, mi procesador me marca como incorrectos –desconocidos para él– veintiún vocablos. De hecho no aparecen en los diccionarios. Y sin embargo todo el mundo diría sin vacilar que está escrito en español y podría tacharlo de ininteligible, pero no de incorrecto. Es más, pese a su ininteligibilidad, sería fácil responder a preguntas sobre él como

¿Qué hacía el ulucordio? – Los encrestoriaba.

¿Cuándo sucedía eso? – Apenas se entreplumaban.

¿Cómo era la agropausia? – Sobrehumítica.

---

1 *Rayuela*, capítulo 68.

Cierto que la maestría lingüística de Cortázar hace que en realidad no sea ininteligible y que el lector sepa perfectamente qué están haciendo él y ella, pero lo dicho seguiría siendo igual de cierto si esto no sucediera.

El segundo texto es muy diferente:

POR ESCRITO GALLINA UNA

Con lo que pasa es nosotras exaltante. Rápidamente del posesionadas mundo estamos hurra. Era un inofensivo aparentemente cohete lanzado Cañaverl americanos Cabo por los desde. Razones se desconocidas por órbita de la desvió, y probablemente algo al rozar invisible la tierra devolvió a. Cresta nos cayó en la paf, y mutación golpe entramos de. Rápidamente la multiplicar aprendiendo de tabla estamos, dotadas muy literatura para la somos de historia, química menos un poco, desastre ahora hasta deportes, no importa pero: de será gallinas cosmos el, carajo qué<sup>2</sup>.

---

2 Julio Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*, Madrid: Siglo XXI, tomo I, pág. 170. Salvador Gutiérrez Ordóñez, a quien debo, entre otras muchísimas cosas, la gentileza de haberme proporcionado este texto, utiliza también estos dos fragmentos de Cortázar

Ahora no hay apenas protestas por parte del procesador: se limita a señalar como anómalas *exaltante* y la interjección *paf*. Sin embargo, y aunque de nuevo el talento del autor hace que consigamos entender el texto, resulta mucho más difícil, y cualquier hablante diría que está muy mal escrito, hasta el punto de que no parece español. De hecho se trata de un juego irónico: así escribe una gallina presuntamente mutante que dice estar muy dotada para la literatura.

Repárese en que un gramático «clasificador» a la antigua usanza no tendría ningún problema con el primer texto. Podría seguir diciendo que en la oración

Apenas se entreplumaban, algo como un ulucordio los encrestoriaba

para hacer un planteamiento similar al esbozado aquí. Véase su trabajo *Del arte gramatical a la competencia comunicativa*. Discurso de ingreso en la RAE, pronunciado el 24 de febrero de 2008. Los textos se contrastan en la nota 104.

está la conjunción *apenas*, el pronombre recíproco *se*, el verbo en imperfecto *entreplumaban*, etc. Igualmente estaría en condiciones de asegurar que *algo como un ulucordio* es el sujeto, *los* el complemento directo, *apenas se entreplumaban* una subordinada temporal, y así sucesivamente. Se quedaría, sin embargo, muy perplejo ante el segundo y diría algo así como «colóquemelo usted y después lo analizamos». Al gramático actual, por el contrario, es este segundo texto el que más le interesa porque la pregunta pertinente ahora no es (o no es solo) a qué categorías pertenecen esas palabras o qué funciones desempeñan, sino por qué el texto es tan extraño y cuáles son las razones para que lo sea. Asimismo, qué hace que cualquier hablante de español medianamente competente lo devuelva sin problemas a su ser natural. Es evidente que no lo compara con otros ejemplares «correctos» del mismo texto, puesto que jamás ha conocido otras versiones de él. Simplemente está aplicando

unas reglas, válidas para este caso y para otros semejantes.

Lingüistas y psicólogos se preguntan hoy cómo y cuándo se incorporan esas reglas y si no cabría pensar en algún mecanismo innato que en parte nos dé hecha la tarea. Piénsese en la facilidad y rapidez con que un niño aprende a hablar correctamente su lengua pese a que solo oye muestras parciales y fragmentarias de ella, en muchos casos mal construidas.

En todo caso, sean innatas o no, la tarea que hoy le preocupa al gramático moderno es desentrañar esas reglas. Ha pasado del «colóquemelo y luego hablamos» al «yo se lo coloco porque soy hablante, y además, como soy gramático, le voy a decir por qué lo coloco así». Y, en efecto, ante la última oración del fragmento

\*de será gallinas cosmos el, carajo qué,

nos diría que es «agramatical» (así se llama a las oraciones que violan alguna regla y se marcan convencionalmente con un as-

terisco) porque el verbo no puede colocarse entre la preposición *de* y el término de esta (*gallinas*), porque el determinante de *cosmos*, el artículo *el*, no va jamás en español detrás del sustantivo al que determina, y porque exactamente lo mismo le ocurre al exclamativo *qué*, que también es un determinante. De modo que, practicados estos razonados cambios, la cosa quedaría así:

de gallinas será el cosmos, qué carajo.

Aún habría que añadir, porque la oración sigue siendo «rarita», que si hablamos universalmente de toda la especie, en español hay que poner el artículo determinado y decir *de las gallinas será el cosmos* y que, salvo que queramos producir un efecto especial, el orden canónico del español es sujeto y predicado, con lo que el resultado final sería la oración, perfectamente gramatical,

el cosmos será de las gallinas, qué carajo.

Una gramática así –que algunos llaman «predictiva», porque puede «predecirse» que, si no se aplican sus reglas, las oraciones estarán mal formadas– no es fácil de construir. El ejemplo aducido es elemental, pero existen multitud de reglas mucho más dificultosas de detectar. ¿Por qué si la primera oración de cada pareja de las siguientes es gramatical no lo es la segunda?:

¡Qué curioso es este fenómeno! / \*¡Qué atmosférico es este fenómeno!

Llegaré antes que nadie / \*Llegaré después que nadie

Caminaremos hasta las 10 / \*Despertaremos hasta las 10.

Otras veces los resultados no son anómalos, pero se producen efectos estilísticos diversos que solo se explican si se conocen las reglas de buena formación:

Es filólogo, pero mantiene una familia

Para los que tengan hijos y no lo sepan, la parroquia dispone de servicio de guardería

–¡¡Me parece vergonzoso que se diga que los estudiantes solo sabemos emborracharnos los fines de semana!!

–¡Es verdad! ¡¡¡Como si el jueves no contara!!!<sup>3</sup>  
con muchachas [...] que saben lenguas vivas  
y se dejan besar en el crepúsculo  
(también en las rodillas)<sup>4</sup>.

## 2. LA VARIACIÓN EN LA LENGUA

Tenemos, pues, una nueva concepción de la gramática como un mecanismo que, dado el lexicón de una lengua, es decir, el conjunto de sus piezas léxicas, establece sus reglas combinatorias de tal manera que la aplicación de esas reglas dé lugar a todas las secuencias gramaticales de esa lengua y bloquee las que no lo son. De acuerdo con esta concepción, las oracio-

---

3 Tira cómica de Moretti y *La pulga académica* en *Tribuna Universitaria*.

4 Del poema *Empleo de la nostalgia*, de Ángel González, recogido en la compilación *Palabra sobre palabra*.

nes que arriba hemos marcado con un asterisco quedarían bloqueadas.

Ahora bien, ¿qué haría esa gramática con secuencias como las siguientes?:

Ten cuidado, que vas a caer el vaso  
Vos no sabés lo que tenés  
Cuando lo veo, me se cae la baba  
Asín que ya la digo, señá Tomasa  
Eso mola mazo, tío  
Tengo un alumno que su padre es general.

De algún modo son anómalas: la primera porque el verbo *caer* es transitivo y, por tanto, no puede llevar complemento directo: según las gramáticas al uso, la gente no *cae* las cosas, en todo caso las hace caer; la segunda tiene pronombres (*vos*) y formas verbales (*sabés, tenés*) que no coinciden con las nuestras; la tercera no sigue el orden que se dice canónico: *se me cayó*; la cuarta ofrece, junto a las «deformaciones» *asín* y *señá*, el uso del pronombre *la* por *le*, esto es, un «laísmo»; la quinta no solo tiene un verbo «raro», no recogido hasta hace poco en los diccionarios (*molar*), sino

que va acompañado de un cuantificador indefinido (*mazo*) que las gramáticas tampoco registran; la sexta, por último, es un caso de «quesuismo», es decir, de uso de *que su* por *cuyo*: *Tengo un alumno cuyo padre es general*.

¿Por qué la gramática no marca estas secuencias con asteriscos pese a sus anomalías? Porque existe con las anteriores una diferencia fundamental: mientras nadie dice *Por escrito gallina una* o *Qué atmosférico es este fenómeno*, las secuencias anteriores son perfectamente audibles en boca de hispanohablantes aunque, eso sí, no en boca de *todos* los hispanohablantes. La primera puede oírse a salmantinos y zamoranos, con prolongación por alguna provincia más de Castilla e incluso de Extremadura, y la segunda la emplean ciertos hablantes de algunos países, todos americanos; la tercera se atribuye a hablantes poco cultivados; también la cuarta, con el añadido de su ubicación restringida a una zona que tiene su núcleo en Castilla la Vie-

ja; para la quinta pensaríamos de entrada en un hablante joven; la sexta puede decir la cualquiera, aunque no la escribiría, probablemente, si es un usuario cultivado. En definitiva, cuando intentamos describir una lengua, debemos decidir qué parte de esa lengua vamos a describir, porque las lenguas tienen variedades. Las principales son las que se reflejan en los ejemplos anteriores: las que tienen que ver con los lugares en que se habla la lengua (variantes *geográficas* o *diatópicas*), con el estatus sociocultural de los hablantes, su edad o su sexo (variantes *diastráticas*) o con la situación comunicativa en que el mensaje se emite (variantes *diafásicas*)<sup>5</sup>.

Naturalmente, esta variación que hemos empezado atribuyendo a la gramática vale también para las restantes parcelas de

---

5 Un buen resumen de la variación ligada a estos factores en el mundo hispánico puede encontrarse en José Luis de Blas, *Sociolingüística del español*, Madrid: Cátedra, 2005, págs. 155-245.

la lengua, como la pronunciación o el vocabulario. La finalidad de esta charla es hacer un repaso por ella y ver cómo se liga con la tarea del gramático y del lingüista actual.

### 2.1. *La variación geográfica*

Por lo que respecta a la variación geográfica, es tan notoria que un verdadero experto es capaz de identificar, con bastante exactitud, la procedencia de un hablante, a veces incluso cuando se mueve en estilos relativamente formales, los más uniformes<sup>6</sup>. Los que somos de un puebleci-

6 No me resisto a transcribir el siguiente fragmento, referido al espléndido dialectólogo D. Antonio Llorente, al que aprovecho para manifestar una vez más mi cariño y agradecimiento:

Cualquier persona de la Facultad que conociera un poco a mi padre se acordará de que se caracterizaba por tener un despiste feroz (le gustaba mucho emplear esta expresión), y, a menudo, se quedaba encerrado en el Palacio de Anaya por las tardes porque, enfrascado en vete a saber qué, no había oído las palmadas de los bedeles. Uno de estos días, al bajar al patio del Palacio [...] se dio cuenta de que

to pequeño tenemos la experiencia de que incluso en el pueblo de al lado tienen expresiones distintas. Pero, para simplificar el asunto aunque lo mutilemos brutalmente, digamos que los especialistas hoy distinguen entre las variedades que proceden del latín (y que son, por tanto, hermanas del castellano) y las que se derivan de la evolución del castellano mismo en su expansión geográfica. Entre las primeras están el leonés y el aragonés, que hoy se con-

estaba encerrado, y, al oír a gente hablando al otro lado del portón principal del Palacio de Anaya, golpeó el mismo y les dijo que era un profesor de la Facultad que se había quedado encerrado. Habló con una chica que se prestó a llamar por teléfono a nuestra casa para decirnos lo que había pasado y tranquilizarnos. La chica cumplió su misión a la perfección y volvió para contarle a mi padre el resultado de sus diligencias. Mientras estaban hablando, en un momento de la conversación, mi padre le dijo: «Perdone señorita, usted es de Estella ¿no?». La chica [...] le dijo: «¿Cómo lo sabe usted?». Y mi padre contestó despreocupadamente: «No, por su forma de hablar».

Antonio Llorente Pinto, «Charlas con mi padre», *Salamanca. Revista de Estudios*, 43, 1999, pág. 18.

sideran dialectos del español por razones mucho más sociológicas que lingüísticas. El leonés (o astur-leonés) se conserva aún, con mayor o menor vitalidad, en Asturias y el oeste de León y Zamora, pero ha dejado restos abundantes en las zonas limítrofes, incluida la provincia de Salamanca, sobre todo en La Ribera y El Rebollar. Muchos de estos restos suenan hoy a rurales o anticuados, pero otros forman parte de nuestra realidad cotidiana, de modo que ustedes probablemente no digan *la mí casa*, ni que *Cuando vinon de Alemania trajon poco dinero* ni empleen *boraco* por *agujero* ni *rapaz* por *niño*, pero seguramente sí llevan paraguas *no siendo que llueva*, o *caen* las cosas o *candan* las puertas y *se añusgan*. O por lo menos hablan de *gatines* o *gatinos* sin ser conscientes de que en otras partes dirían *gatillos*, *gatitos* o *gaticos*.

En cuanto a las variedades del castellano (y no del latín), los son, por ejemplo, las que componen lo que ha sido llamado el español meridional o atlántico, sobre todo

el andaluz, el canario y el español de América que, por encima de sus diferencias internas, comparten un rasgo tan notorio como la confusión de «ese» y «zeta» (manifestada preferentemente en forma de [s], el llamado seseo: *sinco senisientas de Samora*) y la ausencia de la forma *vosotros*, sustituida por *ustedes*: *Niños, ustedes no vienen*, amén de algún otro fenómeno que no afecta a todo ese inmenso territorio, pero que está muy extendido, como las aspiraciones o alteraciones diversas de la ese final de sílaba (*¿por qué ehtáh trihte?*) o la pronunciación de jota como una aspirada: *Hay mucha hente que no come hamón*.

Se ha repetido muchas veces que, aunque ese español meridional no es uniforme, muestra mucha mayor unidad de la que sería de esperar dado el inmenso territorio que ocupa y la variedad de países y culturas que lo hablan. Esto puede ser cierto entre los hablantes cultos y en los niveles de habla más cuidadosos, pero puede

que no lo sea tanto en los niveles coloquiales, sobre todo si quienes conversan pertenecen a sectores de población menos cultivados. Basta con recordar al respecto lo mal que se entienden las películas no dobladas que nos llegan de Hispanoamérica. Por otra parte, la uniformidad es más verdad de unos componentes de la lengua que de otros. Se dice, por ejemplo, que la sintaxis es mucho más uniforme que la pronunciación y que, por supuesto, el vocabulario. Puede que sea cierto, aunque la redacción de la *Nueva gramática de la lengua española*, realizada conjuntamente por todas las Academias de la Lengua de los países hispanohablantes, está poniendo de manifiesto que los fenómenos peculiares de determinadas zonas son más numerosos de lo que se creía, y algunos de ellos resultan verdaderamente chocantes para un castellano. Por ejemplo, que alguien diga, como los mexicanos<sup>7</sup>,

---

7 Y no solo los mexicanos. Este rasgo se ha registrado también en otros muchos países de América: véa-

Lo que cuento es verdad, señores, se los juro cuando los señores son varios o que se encuentren con que en un cartel se anuncia que una tienda *abre hasta las cinco* cuando justamente quiere decir que *no abre hasta las cinco*, o que se indique de una damisela que es *media tonta* y no *medio tonta*, o que oigan una dulce voz caribeña que pregunta:

¿Y qué tú quierreh, mi amor?

Pero independientemente del grado de diversidad, lo que ahora es pertinente preguntarse es qué debe hacer la gramática con oraciones así (y, por extensión, qué debe hacer la lingüística con los fenómenos diferenciales en general). La primera opción sería considerarlas agramaticales, ponerles un asterisco y desterrarlas del español. Pero ello olvidaría el hecho

se, por ejemplo, M. Aleza y J.M. Enguita, *El español de América: aproximación sincrónica*, Valencia: Tirant lo Blanch, 2002, pág. 126.

fundamental de que muchos hablantes, que se consideran hablantes de español, las dicen y que, por tanto, se diferencian en una característica esencial del *Por escrito gallina una* de Cortázar. Otra opción es considerar que pertenecen al español, pero a un español mal hablado. Dicho en términos técnicos, no son *agramaticales* sino *incorrectas*.

Esta ha sido la opción preferida durante muchos años por las autoridades lingüísticas. Véase lo que opinaba de los dialectos un académico del XVIII:

no son reconocidos como perfeccion de la lengua sino como vicio suio; [...] entre los griegos se disputaba qual era mejor de los dialectos y en España solo se podra disputar qual es el peor [...]. Pero estos vicios del vulgo son incurables porque estan apoyados desu misma ignorancia y para curar estos males no escribe la Academia su Arte; porque ellos son por naturaleza incurables<sup>8</sup>.

8 “Proyecto de Gramática del Sr. Ceballos», incluido en Real Academia Española, *Gramática de la lengua castellana* (1771), pág. 531 de la edición de Ramón Sarmiento, Editora Nacional: Madrid, 1984.

Y, por supuesto, ha sido y sigue siendo la opinión del ciudadano normal, y de ello hay testimonios abundantísimos. Hace unos años se conocieron accidentalmente los curiosos criterios que una cadena de supermercados utilizaba para seleccionar a su personal. Pues bien, entre las fichas que reprodujeron los periódicos estaba la correspondiente a una aspirante sevillana rechazada en la que se podía leer: «repipi y con acento andaluz»; el 15 de julio de 2002 un lector de *El País* se queja de que una operadora del antiguo 1003 se ha burlado de su acento canario; por su parte, el novelista andaluz Vaz de Soto escribe lo siguiente:

¿No se han preguntado ustedes nunca por qué Curro Jiménez, siendo andaluz, pronunciaba a la castellana en Televisión? Yo se lo voy a decir: porque para Televisión Española, Curro Jiménez era un héroe. Si hubiera sido un criado, un flamenco, un bandido perverso o cualquier otra «piltrafa humana», seguro que lo hubieran sacado con su acento andaluz y diciendo ‘ustedes-vosotros’ [...]

¿Por qué en la pequeña pantalla sólo se oye hablar español según la norma lingüística del Norte y nunca (a no ser para degradarla) según la norma lingüística del Sur?<sup>9</sup>

En el otro extremo de España, en Cantabria, un hablante de Uceda se expresa así:

(Eya) ha venido hablando mal a casa como las demás niñas, pero su madre le ha dicho...eso es así. Claro, los demás chiquiyos no han tenido esa suerte, han yegao a casa y a lo mejor los padres, muchos padres no tuvieron en casa quien les corrigiera y entonces ojos no han podido corregir a sus hijos<sup>10</sup>.

Por último en una tertulia radiofónica oigo comentar jocosamente una película mexicana en que Jesucristo se dirigía a sus discípulos con el apelativo de «ustedes, mis cuates».

---

9 José M<sup>a</sup> Vaz de Soto, *Defensa del habla andaluza*, Sevilla: Edisur y Junta de Andalucía, 1981, págs. 128-129.

10 J. Holmquist, *Language Loyalty and Linguistic Variation in Spanish Cantabria*, Michigan: Ann Arbor, 1982, páginas 68-69.

Repárese en que hay una diferencia radical de concepto entre lo agramatical y lo incorrecto. Ambos son efecto de una ruptura de reglas, pero las secuencias agramaticales rompen las reglas estructurales, mientras que las incorrectas rompen las reglas sociales. Lo correcto lo es por convención, no porque sea intrínsecamente mejor, como no es intrínsecamente mejor un traje que un polo aunque se considere que el que lleva el traje «va mejor vestido». ¿Qué cualidad intrínseca hay en el orden *se me cayó* para que sea preferible a *me se cayó*? Ninguna, porque la primera persona va delante en otras combinaciones de pronombres como en *Me lo dijo* o *Me le comieron el bocadillo* y nada malo parece haber en ello. De hecho, una de las cruces de los normativistas es encontrar argumentos para justificar sus censuras, porque tales argumentos siempre hacen a dos caras y pueden servir tanto para preferir como para desechar. Se dice, por ejemplo, que secuencias como *De pronto se escuchó un*

---

*ruido espantoso* confunden *escuchar* y *ver* y pierden, por tanto, el importante matiz de la voluntariedad. Pero es este matiz el que salvaguardan los salmantinos cuando dicen que *cayeron el vaso* y no que *lo tiraron* y sin embargo se les afea su uso. Otras veces se condena un fenómeno porque produce enojosas homonimias. Así se ha hecho, por ejemplo, con el seseo y el ceceo, de modo que algún tratado académico se horroriza porque el ceceo convertiría la piadosa actividad del ministro del señor en la frase

El sacerdote ha casado hoy a dos grandes siervos de Dios

en la mucho más frívola y seguramente sancionable

El zacerdote ha cazado hoy a dos grandes ciervos de Dios<sup>11</sup>.

11 Debo la información a mi amigo, el profesor Gómez Asencio.

Pero la lengua tiene ya muchos casos de homonimia, y mucho menos forzados que este, y no dan lugar a más enojo que el que los humoristas los utilicen a veces con más o menos ingenio. Así se aprecia, por ejemplo, en una viñeta de El Roto, en la que, jugando con el doble significado de la palabra *banco*, aparece un mendigo durmiendo en uno de los del parque mientras encima del dibujo figura el eslogan de un conocido grupo financiero:

Su banco y cada vez el de más gente.

Otro argumento para condenar a veces como incorrectos los usos de otros es que no se emplean las palabras en su recto sentido. Si por tal se entiende el que algunos las sueltan a «mocosuena» –como decía Lázaro Carreter– para dárselas de cultos sin saber muy bien qué significan, está muy bien condenarlas. Así, una emisora local, tras comentar un par de trágicos accidentes de tráfico, concluía que la noche «había sido *voluptuosa*»; por otra parte, en

algún periódico local he podido leer alguna vez que el candidato a rector había ganado por una *eximia* mayoría (cuando había querido decir *exigua*), o que un aval es condición *sin ecuánime* para conceder una hipoteca<sup>12</sup>, o que a determinado catedrático lo habían *embestido* doctor «honoris causa» por una universidad mexicana (aunque en este caso siempre me quedó la duda de si realmente el periodista no estaba diciendo lo que quería decir, puesto que el catedrático lo era de Taurología). Una cosa son estos usos, digo, y otra es que las palabras adquieran significados metafóricos o más amplios o más restringidos que los originales y estos se acaben imponiendo. Ya Lakoff y Jonhson<sup>13</sup> mostraron hace muchos años el carácter eminentemente metafórico de nuestro lenguaje y, por ende, de nuestro pensamiento. Baste recor-

12 Debo el ejemplo a la diligencia y la amabilidad de Ángel Marcos de Dios.

13 En un difundidísimo libro de 1980, traducido al español en 1986 con el título de *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra.

dar, por ejemplo, que en latín el TRĪPALĪUM (origen de *trabajo*) era un instrumento de tortura y que los *cónyuges* son los que comparten el mismo *yugo*, lo mismo que los *compañeros* comparten el mismo *pan*.

Perdóneseme esta larguísima digresión, solo destinada a ilustrar que el hecho de que una determinada variedad se erija como modelo no responde a la calidad intrínseca de la variedad, sino a motivos sociales. Volviendo a las variedades geográficas en que ahora estábamos, el modelo elegido (como todos los modelos estándares: el inglés estándar, el francés estándar) no coincide con ninguna, pero a la que más se parece es a la variedad castellana culta del norte de España, sobre todo en la pronunciación. Los hablantes de las otras variedades suelen reconocer la primacía de esta, hasta el punto de que tienden a despreciar lo que no coincide con ella, como vimos en los testimonios de arriba, e incluso a negarle la existencia. Es sintomático a este respecto que cuando alguien

sospecha de una palabra o giro, por ejemplo, el verbo *entoñar* 'enterrar', y quiere asegurarse de su corrección, suele preguntarnos a los profesores de lengua «¿*entoñar* existe?» Lo cual es curioso, porque nadie negaría la existencia de cualquier otra cosa que está viendo u oyendo todos los días.

El desprestigio de las normas locales tiene una desgraciada consecuencia inmediata: con frecuencia los rasgos negativos atribuidos a su habla se transfieren a la persona, que puede ser tildada de descuidada e incluso de poco inteligente simplemente porque se exprese en una variedad estigmatizada. Se produce así una simbiosis de prejuicios que puede resultar desastrosa. Es escalofriante a este respecto un experimento llevado a cabo por Frederick Williams<sup>14</sup>: a un grupo de profesores de inglés se les hizo ver un vídeo en que una serie de alumnos blancos (aparecían de es-

---

14 Recogido en R. Hudson, *Sociolinguistics*, Cambridge: CUP, 1980, pág. 207.

paldas, pero se apreciaba claramente su raza) se expresaban en un inglés más o menos normativo y se les pidió que juzgaran su competencia lingüística; luego se les hizo ver otro vídeo en que los hablantes eran negros o hispanos, pero la banda sonora, esto es, lo que cada hablante decía, era idéntico a lo escuchado anteriormente. Pues bien, los juicios sobre las supuestas emisiones de los negros y los hispanos fueron mucho más negativos.

Para terminar con la parte dedicada a la variación geográfica digamos que hoy día los expertos reconocen que en una lengua, y concretamente en el español, puede haber una *pluralidad de normas correctas*, es decir, que aunque madrileños, sevillanos, tinerfeños, burgaleses, bonaerenses, limeños o bogotanos se expresen de maneras distintas, todas pueden ser válidas, siempre que esas formas de expresión correspondan a los usos cultos del lugar<sup>15</sup>. Hay

---

15 Cosa distinta es qué se entiende por culto, cuestión nada fácil de dilucidar.

que reseñar también que en esa reivindicación de lo local, se ha caído con frecuencia en el extremo contrario, sobre todo al calor de la efervescencia provocada por la configuración de la España autonómica. En consecuencia, se han escritos libros supuestamente científicos en variedades locales en que se define, por ejemplo, *campo magnético* como «prau c'atrapa», o en que se describe así la pronunciación de la vocal [a]:

Se prenuncia pusiendo la luenga ehtirantá en el güecu' la mandíbula bahera y topeando con 'oh dientih en dambuh loh lauh 'e loh molarih baheruh [...] <sup>16</sup>.

O bien se han intentado retransmitir por la radio partidos de fútbol (concretamente un Cádiz-Sevilla) en una supuesta «lengua andaluza» en que se empleaban expresiones como «er delantero sentro le

---

16 P. González González, M. J. González Domínguez y T. González Domínguez, *Primera Gramática Ehtremeña*, Cáceres: Ayto. de Calzadilla, 1995, pág. 84.

arrima a la pelota con la socata» [le da al balón con la izquierda] o «Osú, María y José, que patada l'ha metío»<sup>17</sup>.

## 2.2. *La variación diastrática: el factor «edad»*

Pero, como se dijo arriba, no es la variación geográfica la única existente en la lengua. Si yo les pregunto a ustedes qué tipo de hablante se expresaría así, seguramente no lo caracterizarían en primer lugar por su origen geográfico:

–¿Me das un piti, porfa?

–Sí, tía

–Cenquiú

–¿Te mola?

–Mogollón

–Súper<sup>18</sup>.

---

17 Lo refiere Gregorio Salvador en *Lengua Española y Lenguas de España*, Barcelona: Ariel, 1987, pág. 24.

18 A.M<sup>a</sup> Vígara Tauste, «Cultura y estilo de los 'niños bien': radiografía del lenguaje pijo». En F. Rodríguez (coord.), *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona: Ariel, 2002, pág. 227.

Efectivamente, pensarían en un diálogo entre jóvenes. Del mismo modo, no les sería difícil ordenar cronológicamente a los usuarios de la siguiente serie de términos, todos referidos a lo mismo:

ser novios / enrollarse / salir / tener relaciones.

Todo ello indica que la edad introduce peculiaridades en el habla que el lingüista no puede descuidar. A ese respecto suelen distinguirse tres o cuatro grupos generacionales, cuyos límites varían según las circunstancias de la comunidad que se analice. Los estudios más abundantes se refieren, no obstante, al habla de los jóvenes, quizá porque ofrezca más características diferenciales o quizá porque, sin ser más, sean más evidentes. Parece probado que durante la primera infancia los modelos lingüísticos que se imitan son los de los padres, fundamentalmente el de la madre y que, a la vez que se aprende la lengua, se aprenden los modelos valorativos. Hay al-

gún experimento<sup>19</sup> que da cuenta de cómo los niños entre 3 y 6 años ya son capaces de distinguir el grado de prestigio asociado a una determinada variedad. Desde los cuatro o cinco años los modelos lingüísticos empiezan a ser fundamentalmente los pares, es decir, los amigos y compañeros, y esto se prolongará al menos durante toda la adolescencia. Es entonces cuando la consolidación de la identidad lleva a buscar formas propias de expresión en la ropa, en la música y, naturalmente, en la lengua. Como señala acertadamente Fernández Juncal<sup>20</sup>, las sospechas hacia la autoridad lleva a marcarla con términos peyorativos (*los viejos, los carrozas, la pas-*

---

19 Por ejemplo, el llevado a cabo por Marilyn Rosenthal y que cita Hudson, *Sociolingüistics*, pág. 210-211.

20 Sigo de cerca aquí la exposición que hace en «La variable edad», trabajo inédito recogido en parte en «La edad como variable sociolingüística: cuestiones metodológicas», en *Actas del V Congreso de Lingüística General* (León, 2002), Madrid: Arco-Libros, 2004, págs. 939-948.

ma,...), que también surgen para los «adaptados» (*pijo, empollón, pelotas, lameculos*).

El llamado «lenguaje juvenil» es fundamentalmente una jerga, y, como todas ellas, contribuye poderosamente a la cohesión y diferenciación del grupo y es enormemente cambiante, de modo que en cuanto sus términos pasan al mundo adulto son rápidamente reemplazados por otros. Muchos proceden del argot e incluso del argot carcelario (como la propia moda de los pantalones caídos) y muchos son anglicismos, sobre todo lo que llama Vigará<sup>21</sup> «anglicismos lúdicos», es decir, deformaciones ocasionales y humorísticas de términos ingleses: *estar de examinations, drinkar algo, ir/ser fashion, cogerse las vacances, openear la ventana*, etc. En otros muchos casos se trata de términos

---

21 A.M<sup>a</sup> Vigará Tauste, «Cultura y estilo...», pág. 232. De este trabajo tomo buen número de las características que siguen.

corrientes, pero que adquieren un significado especial: *yogurines*, *ser un notas*, *ser un adobado* ('autoinvitarse'), *estar sopa*, *estar sobado*, *rayarse*, etc., etc.

Aunque la mayor parte de las características son léxicas, se detectan en algunos grupos ciertos rasgos peculiares de pronunciación (el hablar gangoso o las eses arrastradas de los «pijos», ciertas aspiraciones de *-s* en zonas en que no son autóctonas) y algunas peculiaridades morfosintácticas, que suelen nacer de dos notas muy acusadas del lenguaje juvenil: el énfasis y la afectividad. El énfasis, además de a la creación de verbos especiales que se usan para todo, como *flipar* y *alucinar*, lleva al uso universal del prefijo *super-*, que extiende su hábitat normal –el adjetivo– a otras categorías gramaticales, de modo que alguien no solo es *superdivertido* (o *superhortera*, que de todo hay), sino que puede hacerme *superilusión* y hacer que llegue a *superflipar* con él; el énfasis produce también la creación de intensificadores inusi-

tados y de renovación constante, de modo que la cosa más trivial puede *ser una pasada, un pasón, un flipe, lo más; molar mazo o mogollón o a tope o que te cagas; o es para morirse o para partirse el culo*, etc., etc. En cuanto a la afectividad, se manifiesta en el frecuente uso de palabras apocopadas (*el insti, la facul, la pelu, la peli, la uni, el finde*), en la apelación constante al interlocutor con expresiones como *¿sabes?, ¿sabes lo que te quiero decir?, ¿me entiendes?* y en el uso de apelativos cariñosos, sobre todo entre las chicas, como *gordi, cari, churri, chiqui*.

El supuesto desprecio de los jóvenes hacia las normas adultas se manifiesta también en que parecen aceptar, en menor medida que las generaciones intermedias (a esto volveré enseguida), el prestigio asociado a las variantes consideradas «correctas». En el mundo hispánico se han recogido abundantes ejemplos, desde el yeísmo («No tienes por qué aguantar mi *royo*, así que mejor me *cayo*») y el leísmo («A Juan

ahora apenas *le veo*»), que los jóvenes están contribuyendo a extender más que los otros grupos, hasta la forma acusada en que patrocinan cambios mal vistos en sus normas locales, como la alteración de *-s* final de sílaba en muchas comunidades de España y América o el condicional de *si llovería sería mejor* en zonas de Burgos.

Mientras que las fuerzas que mueven el lenguaje juvenil (identificación con el grupo, reafirmación de la identidad, énfasis, afectividad...) seguramente serán las mismas en todo el mundo hispánico (suponiendo que no lo sean en todo el llamado «mundo occidental» e incluso en el mundo en general), las expresiones lingüísticas en que se manifiestan varían de unos países a otros, de unas regiones a otras, de unas ciudades a otras y de unas «tribus urbanas» a otras. Yo me he limitado a ejemplificar con las que aquí y hoy –recuérdese su volatilidad– son más frecuentes.

Hablando de este tema y en este foro es inevitable referirse a la supuesta pobreza

lingüística de los jóvenes. No voy a pronunciarle abiertamente sobre el tema, pero sí quiero hacer algunas puntualizaciones:

a) Esta pobreza hay que probarla con experimentos fiables. Dejarse llevar por «lo evidente» puede llevar a concluir, por ejemplo, que es el sol el que se mueve y no la tierra.

b) Es posible que el lenguaje coloquial de los jóvenes esté lleno de muletillas, de términos vagos, de repeticiones, de onomatopeyas, de anacolutos y otros «vicios» sintácticos. Pero es eso, un lenguaje coloquial que no es justo comparar con las disertaciones académicas. Invito a los aquí presentes a grabar sus charlas de bar y a escucharlas después. Se lleva uno bastantes sorpresas.

c) Los «jóvenes» no son, ni mucho menos, un grupo social homogéneo. Entre ellos existen las mismas diferencias económicas y de instrucción –y, por tanto, de expresión lingüística– que en los demás sectores de la sociedad.

d) La conversación coloquial –luego hablaré más detenidamente de esto– es uno de los registros posibles de entre los que maneja un hablante. Lo que debe pedirse de un joven bien formado lingüísticamente no es que

cuando está charlando con sus iguales utilice una sintaxis académica y un léxico impecable, sino que lo haga en las situaciones en que ello se exige. La misión de los educadores no es corregir su conversación espontánea ni preocuparse porque ponga faltas de ortografía en los SMS, sino enseñarles que hay otros registros y procurar que los incorpore a su competencia comunicativa distinguiéndolos de los demás.

¿Qué ocurre desde el punto de vista lingüístico con el resto de las etapas de la vida? Cuando los jóvenes se constituyen definitivamente en adultos y se produce de lleno su inserción laboral, abandonan muchos de los rasgos característicos del lenguaje juvenil y son más sensibles a los valores sociales dominantes, en especial a los exigidos por la tarea a la que se dedican. Con frecuencia se detecta, por ello, que este sector etario intermedio sigue los patrones de la norma lingüística «correcta» más de cerca que la primera generación y la tercera, lo que da lugar a un característico patrón curvilíneo en uve. Conviene tener esto presente cuando se usa la división en

grupos de edad como un «tiempo aparente» para predecir la dirección de los cambios lingüísticos, dando por supuesto que los fenómenos que usan los jóvenes serán los fenómenos del futuro. Esto es cierto en muchos casos –por ejemplo, cuando se está abandonando un viejo dialecto para sustituirlo por la variedad dominante, como ocurre en varias comarcas de León o Zamora–, pero no lo es siempre. Ya hemos visto cómo uno no mantiene toda su vida los rasgos lingüísticos de su juventud, lo mismo que no mantiene su estilo de vestir o sus gustos musicales. Yo mismo, por ejemplo, uso ahora el *usted* mucho más que hace veinte años y desde luego con personas jóvenes a las que entonces no hubiera dado tal tratamiento.

### 2.3. *La variación diastrática: el factor «sexo»*

Un tercer factor de diversificación de la lengua habitualmente tenido en cuenta es el hecho de ser hombre o mujer, es decir, lo

que yo voy a llamar *sexo*<sup>22</sup>. Que algo tiene que ver con cómo se habla lo demuestra la adscripción que ustedes harían del siguiente diálogo:

–¿Te acuerdas del pantaloncito butano que vimos ayer?

–Huy, sí, era monísimo. Una ricura.

–¿Verdad que sí?

Como saben perfectamente, los estudios sobre este tema están de moda y suelen tener dos vertientes: qué caracteriza el habla de cada sexo y si el lenguaje es o no *sexis-*

22 Hago la advertencia por la extensión que hoy ha adquirido «género» para referirse a este factor, aduciendo que «sexo» alude solo a lo biológico. Yo voy a emplear «sexo» al menos por tres razones:

a) Cualquiera puede comprender que, cuando se refiere al sexo de una persona, esa adscripción conlleva, sin necesidad de otra advertencia, evidentes contenidos culturales y no solo biológicos.

b) No está definitivamente demostrado que las diferencias de comportamiento entre hombres y mujeres sean *solo* culturales.

c) Cuando se habla de lingüística, introducir *género* con un significado distinto al que tiene en gramática, pero ligado a él, resulta particularmente confuso y enojoso.

ta. No voy a tocar la segunda cuestión, que es ideológica, y sí la primera, que es puramente descriptiva, aunque a veces es inevitable que en la descripción se transparente la ideología de cada cual. De hecho, y para empezar, se ha llamado la atención sobre el abrumador número de estudios que versan sobre «el lenguaje de la mujer», como si fuera esta la que se aparta de los patrones normales representados por el varón.

Es difícil resumir en pocas líneas todo lo que sobre el tema se ha escrito en los últimos tiempos. Voy a intentar hacerlo encuadrando las investigaciones en torno a tres tipos de acercamientos, aunque ninguno suele aparecer en estado puro, sobre todo el primero<sup>23</sup>:

---

23 El profesor Salvador Crespo Matellán verá recogido en este apartado buena parte de su trabajo (uno de los primeros publicados en España sobre el tema) «Lenguaje y sexo». En *Studia Philologica Salmanticensia*, 7-8, 1984, 109-143.

### 2.3.1. *El hombre y la mujer usan códigos parcialmente diferentes*

Para ejemplificar esta perspectiva suelen elegirse sociedades y lenguas más bien «exóticas» para nosotros: por poner dos o tres ejemplos de los muchos posibles, en la tribu Carib (Pequeñas Antillas), a los nombres abstractos las mujeres les dan el género masculino y los hombres el femenino. Hay muchas palabras exclusivas solo de hombres y otras exclusivas solo de mujeres. Entre los zulúes la mujer no puede pronunciar el nombre de los miembros varones de la familia de su marido. En la tribu de los Cafres (Africa del Sur) el tabú afecta también a todas las palabras que tienen alguna sílaba de los nombres prohibidos. Todo esto puede sonarnos raro, pero un investigador zulú podría escribir lo siguiente:

En una lengua exótica llamada «español» muchas palabras tienen terminaciones diferentes según las usen los hombres o las mujeres, de

modo que ellos dirán *nosotros estamos cansados* y ellas dirán *nosotras estamos cansadas*.

Por lo demás, en español no es posible citar muchos más elementos que, estando presentes en un sexo, no lo estén en el otro. Algunos autores mencionan la entonación aguda, típicamente femenina, a lo que otros alegan que este factor, amén de ser gradual, es puramente biológico y no lingüístico. Esto último, sin embargo, no es cierto del todo, puesto que también la entonación está sujeta a modas, es moldeable y, por tanto, tiene mucho de cultural y convencional. En los años 20, por ejemplo, el tono medio femenino era más agudo que el actual y de Margaret Thatcher se cuenta que tuvo que aprender a regular su voz chillona y bajar su entonación varios hercios porque la hacía parecer histérica cuando trataba de hacerse oír por encima del estrépito de las sesiones parlamentarias.

En cuanto al resto de los elementos lingüísticos<sup>24</sup>, hay palabras que se consideran (o se consideraban) típicamente femeninas, sobre todo términos valorativos e hiperbólicos como *es un horror, es un amor, encantador, mono, lindo, rico, cuco*; matices de colores absolutamente indistinguibles para la mayoría de los varones: *fucsia, butano, quisquilla, rosa palo*; interjecciones varias como *¡huy por Dios!, ¡ay, no me digas!, ¡mua, mua!*; ciertas deformaciones o sustituciones eufemísticas, referidas sobre todo a la sexualidad, determinadas partes del cuerpo o determinadas actividades fisiológicas: *coña, coñe, coñis, leñe; me duele el pompis; es más eso que las gallinas; ya hice pipí y popó; ha ido a hacer cacas; que se te ve el pitorrillo/la churrilla, niño*. También se han tratado los truncamientos (*el suje, la pelu, qué ilu*) como típicamente femeninos, mientras que el empleo de ciertos sufijos como el colectivo *-amen* (*cade-*

---

24 Utilizo como fuente el libro de A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, Madrid: Cátedra, 1991.

*ramen, musulamen, tetamen, cojonamen*), el léxico argótico o los tacos se han atribuido tradicionalmente al varón.

Llegados a este punto soy consciente de que muchos de ustedes y, sobre todo muchas de ustedes, en especial si están más cerca de los veinte años que lo estoy yo, se estarán preguntando de dónde he sacado estos ejemplos tan rancios. Ya sé que muchas delicadas quinceañeras harían hoy sofocarse de pudor a algún recio carretero de los de antes y que hasta en la tele dicen con mucha frecuencia estar de algo o de alguien hasta ciertos órganos que no tienen. También sé que lo varones jóvenes dicen la *pelu* y la *Facu* y que son capaces de mencionar colores que yo ni sospecho que existen. Pero ya vimos, a propósito de la variable edad, que unos factores sociales interfieren con otros y que para las mujeres y varones más jóvenes lo que estoy diciendo ya no es válido. Pero acéptenme, por favor, que para algunos y algunas lo fue e incluso todavía lo es.

Un curioso apartado en que todavía se detectan diferencias cualitativas es el de los insultos. En general, porque de nuevo aquí interfieren otros factores, como el nivel sociocultural, las mujeres mayores de 40 años eran más pacatas a la hora de insultar, de modo que cuando en alguna encuesta les pedimos que nos dieran una lista de insultos, los más frecuentes eran *imbécil*, *tonto* y *estúpido*, y solo alguna osada se atrevía con *gilipollas*. Para los varones de la misma edad, este era el insulto más leve, porque a la cabeza estaban *hijo de puta*, *cabrón* y *maricón*. Hoy en este terreno, como en tantos otros, las diferencias se han limado, pero solo en el sentido de que los insultos emitidos por hombres y mujeres son equivalentes. No sucede así con los que se reciben. Muchos son comunes, pero en los que resultan exclusivos o marcadamente preferentes los dardos se siguen dirigiendo adonde siempre: en ellas se ataca su promiscuidad (*puta*), su aspecto (*vaca*, *foca*) o su carácter (*víbora*, *bruja*, *verdulera*); en ellos la promiscuidad de su mujer (*cornudo*) o su tendencia sexual (*maricón*).

*2.3.2. El hombre y la mujer usan los mismos elementos pero con frecuencia desigual*

Se trata del acercamiento más habitual, al menos para las sociedades occidentales como la española. Algunas de las afirmaciones que pueden leerse al respecto son las siguientes:

a) Las mujeres tratan de hablar de forma más «correcta» que los hombres, de modo que tratan de evitar, en mayor medida que ellos, lo que las autoridades lingüísticas censuran. Algo de cierto debe de haber en esta afirmación, puesto que se ha documentado en comunidades tan diferentes como Vertientes, Tarifa y Puebla de D.Fadrique (Granada), Buenos Aires, Las Palmas, Santiago de Chile, Montreal, Norwich, Nueva York, Edimburgo... En un experimento llevado a cabo por Romaine en esta última ciudad, las niñas superaban ampliamente a los niños en su elección de las realizaciones más prestigiosas ya a la

edad de 6 años<sup>25</sup>. Se ha registrado también abundantemente un comportamiento complementario de este en los varones: adoptan las variantes tenidas por incorrectas porque poseen el «prestigio encubierto» de hacerlos aparecer como más viriles. Por ejemplo, en Buenos Aires la conservación de la *-s* final de sílaba es la variante elegante, pero los hombres la aspiran o la pierden para no sonar «afeminados».

b) Ligado a lo anterior, se ha repetido con frecuencia que las mujeres están más atentas a la forma de hablar de los demás y a la propia, que cambian más de estilo según las situaciones y que son más proclives que los varones a las ultracorrecciones, ese fenómeno que consiste en ser, en cuestión de norma, «más papista que el papa», en «pasarse de fino» y decir que uno toma *Colacado* con la leche o que el parlamento vasco está en *Victoria*.

---

25 S. Romaine, *El lenguaje en la sociedad*, Barcelona: Ariel, 1996, págs.144-145.

c) Se ha atribuido a la mujer un mayor uso de hipérbolos (*Es preciosísimo*), de términos valorativos, de vocativos cariñosos (*cariño, vida, corazón, ángel mío*) y de diminutivos, hasta el punto de que en un conocido libro sobre el tema se trata de ilustrar la afirmación con el siguiente párrafo:

Algunas de ellas manifiestan estar *solitas* y desean comentar sus *problemitas*, y es que se encuentran *acomplejadillas* porque no son demasiado *moninas*. Suelen emplear estos sufijos al comentar recetas culinarias (*aceitito, perejilito, cebollita fritita...*), al hablar de ropa (*vestidito, estampadita, faldita*), o al enunciar palabras tabú (*bragueta, culito, colilla...*). Incluso en situaciones formales hemos observado esta tendencia. Minerva Piquero, la mujer del tiempo de Antena 3, el 29 de mayo de 1990 a las tres de la tarde, daba el siguiente pronóstico: «Hará calorcillo. Seguiremos con ropita de verano»<sup>26</sup>.

d) Se ha dicho del habla femenina que muestra menor trabazón sintáctica, con

---

26 A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, pág. 102.

predominio de la coordinación y la yuxtaposición y con un buen número de frases incompletas y de cambios bruscos de tema y construcción.

e) También se ha solido encontrar en ella una mayor cantidad de preguntas, sobre todo de las llamadas «de confirmación»:

Hoy cenamos fuera, ¿no es eso?

Tienes miedo, ¿verdad?

Ese es Marlon Brando, ¿no?

Repárese en que el uso que he hecho de fórmulas de distanciamiento (“se ha dicho...», «se ha atribuido...») para exponer muchas de las características anteriores revela que, en mi opinión, no están definitivamente probadas y son más bien impresionistas. En todo caso se han hecho algunos reproches a este enfoque, que podrían resumirse así:

1º) En él se transparenta de manera notable lo que más arriba se mencionó: el habla femenina se trata como un uso *marca-*

do frente al neutro, representado por el varón. En la bibliografía es fácil encontrar títulos como «El habla femenina», «El habla mujeril», «Cómo hablan las mujeres», mientras son mucho más raros los correspondientes masculinos<sup>27</sup>.

2º) Con frecuencia se aplica de forma demasiado mecanicista el principio explicativo de que todas esas características mencionadas son fruto de la situación subordinada de la mujer. Así se justifica, por ejemplo, su tendencia al estándar y demás manifestaciones de ultrasensibilidad lingüística: al carecer de estatus por sí misma lo busca en las manifestaciones simbólicas como el lenguaje. Así se explica también –afirman– su desaliño sintáctico, debido a su menor participación en situaciones formales, e igualmente la abundancia de preguntas, sobre todo de confirmación, manifestación de inseguridad. Muchos trabajos bor-

---

27 De todos modos, alguno existe. Tengo, por ejemplo, delante de los ojos uno titulado *Language and Masculinity*.

dean, además, el peligro de caminar en la dirección opuesta a la que pretenden: no van de los datos a la caracterización del habla femenina, sino de la imagen que de la mujer tienen a la interpretación de los datos. Deborah Cameron, en un artículo cuyo título empieza significativamente «Not gender difference but the difference gender makes»<sup>28</sup> («No hay diferencias de sexo, sino que el sexo crea la diferencia») estudia el uso de las «preguntas de confirmación» antes mencionadas y, entre otras afirmaciones interesantes, señala que tales preguntas se interpretan como síntoma de dominio cuando son utilizadas, por ejemplo, por el médico en una consulta, y como señal de sumisión cuando son usadas por una mujer. Es el mismo mecanismo que lleva a interpretar de forma diferente el llanto de una niña («tiene miedo») y el de

---

28 D.Cameron , «Not gender difference but the difference gender makes: explanation in research on sex and language», *International Journal of the Sociology of Language*, 94, págs. 13-26.

un niño (“tiene hambre»)<sup>29</sup>, o a considerar más científico el mismo artículo si lo firma un hombre que si lo firma una mujer, de acuerdo con un experimento realizado en los años setenta<sup>30</sup>, o a tener la percepción de que la mujer ha hablado más que el hombre en una situación en que la emisión de habla ha sido idéntica<sup>31</sup>. Por cierto, que el estereotipo de la mujer charlatana es uno de los más arraigados<sup>32</sup>, sin que hasta el momento haya podido demostrarse de modo fehaciente ni su verdad ni su falsedad.

29 I. Lozano Domingo, *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?*, Madrid: Minerva Ediciones, 1995, pág. 229.

30 Según S. Romaine, *El lenguaje en la sociedad*, págs. 156-157.

31 Según manifestación de Irene Lozano, *Lenguaje femenino, lenguaje masculino...*, pág. 35.

32 Los chistes populares al respecto son innumerables. Por ejemplo, el de la mujer que demanda a su marido porque mantiene frente a ella un obstinado silencio. El juez le pregunta al marido «¿Es cierto que lleva más de dos años sin hablarle a su mujer?»; «Sí, señoría», responde el esposo; «¿Y por qué?»; «No quería interrumpirla».

### 2.3.3. *El hombre y la mujer usan los mismos códigos, pero de manera distinta*

Esta distinta forma de uso no tiene que ver con que algunos recursos aparezcan con mayor o menor frecuencia (lo cual puede ser cierto, pero accidental), sino con el hecho de que con los recursos comunes *se construyen estrategias comunicativas diferentes*, de modo que, por ejemplo, hombres y mujeres tienen una forma diferente de ceder el turno, desarrollar una materia y cambiar a otra, seguir las normas de cortesía y llevar a cabo los diversos actos de habla como hacer una petición, dar un consejo, manifestar desacuerdo, etc. Se trataría, en definitiva, de dos *estilos comunicativos*, uno para cada sexo, que diferirían, por ejemplo, en:

a) Los temas generales de conversación. También existen tópicos extendidos en relación con esta cuestión, de forma que muchos creerían adivinar «el sexo» de estas frases<sup>33</sup>:

---

33 A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, pág. 124-126.

Yo no puedo ir. No sé qué ponerme  
¿Me acompañas al baño?  
¡Mira cómo lo estás poniendo todo...!

O el diferente significado de esta otra, según la emita un hombre o una mujer:

Voy a arreglar el armario.

Parece que, en general, las mujeres prefieren hablar de personas y sentimientos, y los hombres de cosas y situaciones. Así lo indican también los temas a que se dedican las revistas específicamente femeninas, frente a las dedicadas a los hombres<sup>34</sup>. No ha faltado, por otra parte, la observación de que los temas femeninos son «más banales». Pero existe la fundada sospecha de que se consideran banales precisamente porque son femeninos (es decir, una interpretación desde los prejuicios, como en el caso del llanto del bebé). De hecho si se determina «a priori» qué temas son impor-

---

34 I. Lozano Domingo, *Lenguaje femenino, lenguaje masculino...*, págs. 185, 241.

tantes, no existe desigualdad entre los sexos a este respecto<sup>35</sup>.

b) Prácticas verbales ligadas más a un sexo que a otro. Tradicionalmente el piro-po callejero ha sido una actividad propia del varón (aunque esto también está cambiando), que parece que también es más proclive al chiste. En cambio las mujeres cuentan más cuentos (en el buen sentido), prodigan más el halago y recurren más a las disculpas que, por otra parte, aceptan más que los hombres.

c) Los especialistas han discutido mucho la cuestión de las interrupciones: ¿quita más la palabra el hombre o la mujer? Sin que se haya llegado a conclusiones definitivas, parece que deben tenerse en cuenta factores como el tipo de interlocutor (si, a su vez es hombre o mujer) y el tipo de interrupción: hay algunas que representan la simple lucha por la palabra y otras que tie-

---

35 Romaine, *El lenguaje en la sociedad*, pág. 143.

nen como misión apoyar al que habla mostrando acuerdo, anticipando el final, como para darle a entender que llevar a término esa conversación es una misión común.

d) La mujer pregunta más. En realidad lo que sí parece que ocurre es que la mujer emite mayor número de *estructuras interrogativas*, pero ello no quiere decir que todas sean auténticas *preguntas*. Muchas veces se trata de confirmaciones («¿Entonces salimos a las nueve?»), de peticiones («¿Me pasas ese cuchillo?») o de actos de cortesía («¿No te sientas?»), es decir, de lo que los especialistas han llamado *actos de habla indirectos* que, efectivamente, parecen ser más abundantes en las estrategias comunicativas de la mujer y no solo en lo referente a las estructuras interrogativas. Dicho de manera sucinta, un acto de habla indirecto es aquel para cuya ejecución se utilizan recursos lingüísticos propios de otro acto de habla. Por ejemplo, una estructura interrogativa (propia de las preguntas) para hacer una petición (cuyo re-

curso típico es el imperativo). Los actos de habla indirectos suelen utilizarse para «suavizar» la amenaza que para el interlocutor pueden suponer ciertos actos de su prójimo, como las órdenes, los reproches o las discrepancias.

e) El punto anterior es una de las concreciones de un principio más general según el cual hay muchos actos de habla que las mujeres realizan de forma distinta a los hombres. En lo que respecta a los consejos, por ejemplo, es más habitual en los hombres que los den como respuesta a un problema que se les cuenta; las mujeres, ante un problema que se les cuenta, tienden más a manifestar que lo entienden, porque ellas conocen de cerca o han padecido un problema similar<sup>36</sup>. Algunos estudios han mostrado que incluso en algo tan desinhibido aparentemente como las pintadas de los retretes, hay diferencias: mientras que en las masculinas predomina

---

36 I. Lozano, *Lenguaje femenino...*, pág. 200.

el puro desahogo sexual y obsceno, o la agresión política o deportiva, en las de las mujeres abundan las «pintadas-debate» y las «pintadas-consultorio», o bien el diálogo sin más, con textos como los siguientes:

-¿Qué opinas de los porros?

-Mejor el caballo.

-Mal.

-Están muy bien.

-Bebe manzanilla que también es una hierba y además es sano.

-Me gusta más el té turco.

-Con una anfetámina no veas lo que alucinas<sup>37</sup>.

-Me siento sola. He querido ya a dos chicos; con el segundo todavía salgo pero se aleja de mí. Por favor, si tienes algo de interés que decirme, dímelo.

-Búscate un tercero.

-Me refería a algo de interés, no a una capullada.

-Hazle comprender lo hermoso del amor, pero sin estrujarle, hazte necesaria, pero no pesada. (Ahí está el secreto).

---

37 A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, pág. 205.

–¡Gracias, así lo haré!<sup>38</sup>

–Emilio de primero es el tío más guapo de la Facultad y estoy superenamorada. Es moreno y guapo.

–Mi rubio es más guapo, y estoy más superenamorada que tú.

–Mentira.

–Más hortera no naces, tía.<sup>39</sup>

Como ocurría con el otro enfoque, todavía estamos pendientes de confirmar algunas de estas características y, sobre todo, de encontrar un principio unitario que las explique. No han faltado tampoco ahora quienes han tratado de buscar ese principio en el carácter de la mujer como «sexo oprimido». Pero hay otras posibles explicaciones. Una de las más sugerentes es que la mujer se toma más en serio la interacción lingüística, en el sentido de que se implica en su desarrollo con más intensidad.

---

38 A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, pág. 202.

39 A. López García y R. Morant, *Gramática femenina*, pág. 190.

Los hombres ven en ella sobre todo un medio para llegar a otros fines; las mujeres la consideran más un fin en sí misma, una actividad cooperativa que hay que llevar a buen término. Ello explicaría algunas de las características detectadas en su actividad oral como el hecho de que hable más (si es que es cierto), que sus cambios de tema sean más numerosos y más abruptos para que la conversación no decaiga, que apunten más a las personas, y que haya más señales de cooperación que de competitividad. Así se explica también que la mujer use más preguntas de confirmación y más actos de habla indirectos: ambas estrategias tienen función «facilitadora» (animan al interlocutor a hablar) o «suavizadora» (liman asperezas en el diálogo).

Los lingüistas distinguen hoy nítidamente entre los conceptos de *comunidad lingüística* y *comunidad de habla*. La comunidad lingüística está formada por todas las personas que comparten la misma lengua, de modo que España forma una comuni-

dad lingüística con todos los países que hablan español. La comunidad de habla, por el contrario, supone compartir también las convenciones culturales que gobiernan el uso del habla y, por tanto, compartir también las estrategias comunicativas. En este sentido dentro de una misma comunidad lingüística e incluso dentro de un mismo país, de una misma región y de una misma ciudad, puede haber varias comunidades de habla, es decir, varias *subculturas* en relación con el uso de la lengua. Lo peligroso de esta cuestión es que tales diferencias se perciben menos que las propiamente lingüísticas y, por tanto, pueden pasar desapercibidas. Irene Lozano cuenta el caso de la británica casada con un hindú que cuando fue a conocer a su familia política alababa todo lo que veía en la casa, porque así había sido educada, sin saber que en esa otra cultura alabar es pedir indirectamente que te regalen lo que alabas. Por poner otro ejemplo, mientras que en España se considera pertinente, para mitigar la embarazosa pro-

ximidad, hablar con un extraño en un ascensor, incluso diciéndole cómo no sentimos («¡Uff, con este calor duerme uno fatal y luego está cansadísimo todo el día!»), en otras culturas se considera un acto de impudor totalmente inadecuado.

Pues bien, en algunos estudios sobre las diferencias de estrategia verbal entre hombres y mujeres se ha llegado a defender que constituyen subculturas distintas dentro de la comunidad y que la diferente forma de comunicarse puede ser fuente constante de malentendidos, sin que los protagonistas acierten a comprender la causa. Resulta ser así de alguna manera cierta la intuición popular de que hombres y mujeres hablan lenguas distintas. De hecho la estadounidense Deborah Tannen viene defendiendo desde hace tiempo que esta es una causa importantísima de divorcio y se ha hecho de oro escribiendo guías prácticas en este terreno. A uno de sus libros más famosos, traducido al español como *Tú no me en-*

*tiendes. Por qué es tan difícil el diálogo hombre-mujer, pertenece este ejemplo:*

En un artículo que escribí para *The Washington Post*, presentaba una conversación que había sostenido una pareja mientras viajaba en su automóvil. La mujer había preguntado: «¿Te gustaría parar para beber algo?» El hombre había contestado «No» y simplemente no habían parado. Sólo más tarde el hombre se dio cuenta de que su mujer estaba molesta porque ella realmente deseaba parar para beber. Él se preguntaba: «¿Por qué ella no me dijo directamente que quería parar? ¿Por qué da tantas vueltas?» La esposa, en cambio, estaba disgustada, no por no haberse salido con la suya, sino porque sus deseos ni siquiera habían sido tenidos en cuenta [...]. Para comprender qué fue lo que no funcionó, el hombre ha de caer en la cuenta de que cuando la mujer le pregunta a él si le gustaría parar, no está simplemente requiriendo una información acerca de los deseos de él, sino que más bien está comenzando una negociación entre los deseos de ambos»<sup>40</sup>.

40 Deborah Tannen, *Tú no me entiendes. Por qué es tan difícil el diálogo hombre-mujer*, Buenos Aires/Madrid/México/Santiago de Chile: Javier Vergara Editor, 1991, págs. 11-12.

También puede ser pertinente este otro ejemplo: ya dije más arriba que cuando una mujer tiene un problema y lo cuenta a una amiga, espera una experiencia similar, con la que se siente aliviada. El hombre, en cambio, espera una sugerencia de solución. Ello puede dar lugar a diálogos como este:

ÉL: Estoy cansadísimo. No he dormido bien esta noche.

ELLA: Yo tampoco he dormido bien, nunca lo consigo.

ÉL: ¿Por qué tratas de quitarme importancia?

ELLA: ¿Yo? ¡Sólo estoy intentando demostrarte que te comprendo!<sup>41</sup>

#### 2.4. *La variación diastrática: el nivel sociocultural de los hablantes*

Todos tenemos conciencia de que esta variable es una de las que más diversidad introducen en el comportamiento lingüístico. No vamos a entrar aquí en los aspectos

---

41 I. Lozano, *Lenguaje femenino...*, pág. 200.

tos técnicos de determinar qué se entiende por «nivel sociocultural», si es distinto o no de «clase social», cómo se establecen esos niveles y cuántos hay que distinguir. Quedémonos con la idea intuitiva que tenemos de ello y apliquémosla a determinar en qué texto de estos dos el nivel sociocultural del que habla se consideraría superior:

Y no se ponga ese traje chaqueta tan triste. Venga mañana con lo mejor que tenga: cuanto más se revista de autoridad, cuanto más ricas sean las vestimentas, más a su favor. A la gente le importa mucho el ropaje, y conviene vestir al santo cuando la ocasión lo requiere.

Ya puedes ponerte, ya. Como no venga el Gallego, día perdido, hijo; día perdido. Estos son todos mu listos; se piensan que nada más es ponerte y ya está. ¡Si, biós, que se pongan, tan listos como son; a ver qué sacan! ¡Pues no hay que darle vueltas a la mollera; ah por culo! Yo en cuantis que venteo que sopla el Gallego, se me suben unos sudores a los sesos... ¡Biós qué sudores! Y voy y me digo, dije: «ahí lo tienes, Celestino, ahora es cuándo!» Y echo mano del lapicero y del cacho libretina, y a apuntar, hijo, a apuntar.

En el primer texto un cura rural aconseja a una inspectora que llega al pueblo en la novela *La Gaznápira* de Andrés Berranga<sup>42</sup>; en el segundo un vate popular explica, en otra novela del mismo corte, *Las aguas esmaltadas*, de Manuel Díaz Luis<sup>43</sup>, la dureza de su actividad y cómo le llega la inspiración. Las diferencias son notorias y seguramente, si nos lo propusiéramos, seríamos capaces de enumerarlas y clasificarlas, aunque ahora no merezca la pena que nos detengamos en ello. Me basta con la pura percepción de que son distintos, y ello me parece evidente.

Podría alegarse que se trata de diálogos inventados, pero en los textos reales estas diferencias se dan con la misma nitidez, como puede observarse en estos dos, procedentes de una encuesta sobre el problema del tráfico en Puerto Rico:

42 Utilizo la edición de Espasa-Calpe, Madrid, 1994.

43 Madrid: Seix-Barral, 1990.

Bueno, entonces...hace mucho calor, esa sofocación y esa cosa...una intranquilidad y una cosa que le da a uno con ese calor...que hace... Y entonces, a veces, está el carro parao dos horas, porque no puede caminar por el tapón. Tiene que cortar...carretera, cortar por otro lao...para poder llegar a... la plaza donde va. ¿Qué más? A veces, pues, el tapón es más corto, sí, a veces más largo...ya le digo que...estamos a veces dos y tres horas en el camino y hay que cortar...pa poder llegar a donde voy...Y después para coger carro de nuevo...ese es otro problema también.

En la zona metropolitana, el tapón...es uno de los grandes problemas que existen en términos de convivencia humana...Es una de las ...pocas horas...del día en que hay una gran proximidad de personas y por lo tanto...puede surgir una gran cantidad de agresión...y de sentimientos de hostilidad...al encontrarse en la situación...Aparentemente el problema es insoluble y no ha podido... o no ha ocurrido nada...para mejorarla<sup>44</sup>.

---

44 H. López Morales, *Dialectología y sociolingüística. Temas puertorriqueños*, Madrid: Editorial Playor, 1979, págs. 151-152.

Los sociolingüistas consideran que entre los diversos grupos socioculturales (y, en general, también entre los grupos que se distinguen por otros criterios) se dan diferencias de varios tipos:

a) Diferencias de *repertorio* frente a diferencias *de uso*.

Son diferencias de *repertorio* las ligadas al «almacén» de recursos lingüísticos de los que dispone cada hablante, es decir, las que se establecen cuando un grupo conoce recursos de los que otro carece. En cambio, cuando un grupo no emplea recursos de otro, pero sí los conoce, las diferencias son *de uso*. Tengo en mis manos, por ejemplo, un Diccionario de insultos<sup>45</sup>: ¿qué me está diciendo alguien que me llama *habicholón*, *niño bitongo* o *cancanoso*? Sospecho que algo malo, pero ni por asomo podría decir qué y mucho menos, por tanto,

---

45 J. de D. Luque, A. Pamies y F.J. Manjón, *Diccionario del insulto*, Barcelona: Península, 2000.

podría usar yo de estas palabras. No están en mi repertorio. Sí está, en cambio, *Quitarsus d'ahí que sus arreo*, pero, salvo si hablo en broma o paródicamente, tal frase no figura en mis *usos* lingüísticos.

Son varios los estudios que han defendido de una u otra forma que los repertorios lingüísticos de las clases más desfavorecidas son más pobres que los de las clases superiores. Los estudios de disponibilidad léxica, a que aludí al principio, detectan esto una y otra vez y en comunidades hispánicas muy alejadas: cuando se pide a los alumnos que digan, en dos minutos, todas las palabras que se les ocurran en relación con un campo temático o «centro de interés», la cantidad de vocabulario emitido depende de manera significativa del nivel sociocultural de los padres. Y ello en centros de interés tan poco especializados como «la ropa», «partes de la casa» o «juegos y distracciones». Ha habido incluso teorías que, llevando la tendencia al extremo, han atribuido a las clases bajas un considera-

ble déficit lingüístico que lastraría de manera seria su andadura educativa. Tales teorías se fijan, por ejemplo, en experimentos como el siguiente: a varios niños, unos de clase media y otros hijos de obreros, se les dio una serie de dibujos que contaban una historia, y se les invitó a relatarla. El primer dibujo mostraba a varios niños jugando al fútbol; en el segundo el balón daba en la ventana de una casa y rompía los cristales; en el tercero se veía a una mujer que se asomaba a la ventana y a un hombre que hacía gestos amenazadores; por último, en el cuarto, los niños se iban corriendo. He aquí dos muestras de los relatos obtenidos:

RELATO TÍPICO DE LOS NIÑOS DE CLASE MEDIA:

Tres chicos están jugando al fútbol y uno de los chicos le da una patada al balón y va hacia la ventana y el balón rompe el cristal y los chicos están mirando hacia allí y un hombre sale y les grita porque han roto el cristal así que se van corriendo y entonces esa mujer se asoma a la ventana y riñe a los niños.

RELATO TÍPICO DE LOS NIÑOS DE CLASE OBRERA:

Están jugando al fútbol y él le da una patada al balón y va hacia allí rompe el cristal y miran y él sale y les grita porque lo han roto así que se van corriendo y entonces ella se asoma y los riñe<sup>46</sup>.

Es evidente que el segundo relato es intuitivamente mucho más «pobre» que el primero, hasta el punto de que difícilmente podríamos imaginar lo que está describiendo si no tenemos el dibujo delante. A la hora de razonar esa pobreza se percibe, entre otras cosas, que en el segundo se emplean continuamente palabras que, como los pronombres, son ininterpretables si se prescinde del contexto inmediato: todo hablante de español sabe, aunque no lo vea, a qué se refiere la expresión *un hombre*, pero no a qué se refiere la palabra *él*. Este tipo de manifestaciones lingüísticas llevaría a concluir que los niños de clase obre-

---

46 Tomado de Romaine, *El lenguaje en la sociedad*, pág. 232.

ra manejan lo que se ha llamado un *código restringido* que, frente al *elaborado* que manejan las clases superiores, se caracterizaría por ser mucho menos explícito, por estar mucho más apegado a la situación concreta, por usar un léxico menos variado y más genérico, etc. etc.

¿Debemos concluir de experimentos como este y de otros parecidos que las clases más desfavorecidas están peor dotadas lingüísticamente, que tienen menos capacidad lingüística? Sí, si entendemos la adquisición de la lengua como un proceso acumulativo: los hablantes favorecidos llegan, digamos, a la etapa 10, mientras que los menos favorecidos se quedan en etapas anteriores o muy anteriores. Por lo demás, el grado máximo es la meta de todos. En esta forma de ver las cosas, el concepto fundamental es el de *competencia lingüística*, es decir el conjunto de reglas y elementos del lenguaje que el sujeto se apropia, de modo que unos individuos dominan más reglas y elementos que otros.

Pero la competencia lingüística no es sino uno de los componentes de la *competencia comunicativa*, concepto que parece más adecuado como punto de partida. La competencia comunicativa no es sólo un conjunto de formas y de reglas formales, sino también la habilidad de usar esas formas y esas reglas apropiadamente, de acuerdo con las normas de la propia comunidad. Y esas normas varían según los ámbitos en que se mueva el individuo y las tareas que se dispone a llevar a cabo con la lengua, que son muy variadas: desde contar un cuento a un hermano pequeño hasta convencer a los amigos para hacer un viaje o negociar con los padres la hora de llegar a casa. También, por supuesto, exponer un trabajo de clase. La adquisición de la competencia comunicativa no consiste en ir acumulando formas gramaticales o léxicas sino en ir ampliando el número de ámbitos en que uno es capaz de moverse lingüísticamente con soltura. Vistas así las cosas, lo que ocurre con los sectores socia-

les presuntamente deficitarios no es necesariamente que dominen menos recursos que aquellos que los juzgan (aunque puede que sí sea el caso), *sino que dominan los necesarios para otros ámbitos distintos*. Es decir, tanto una clase como otra tienen ámbitos que dominan peor, pero resulta que los que les faltan a las clases más desfavorecidas son los más prestigiosos, esto es, los escolares. En consecuencia, mientras los niños con una suerte social superior interpretan que cuando el maestro o el investigador les pregunta «¿ves mucho la televisión?» lo que deben hacer es hablar de sus gustos televisivos, los de clase obrera (para entendernos) interpretan la secuencia como una pregunta de *sí/no*, contestan simplemente con un monosílabo y dan la impresión de desposeimiento verbal. Si los niños de resultados más brillantes fueran embarcados en actividades menos familiares para ellos, el déficit se adjudicaría al revés (y de hecho así ha sido con la actividad «contar cuentos para dor-

mir», en que las niñas de clase baja superaron a los niños de clase media)<sup>47</sup>.

De modo que la respuesta a la pregunta «¿tienen las clases bajas menos capacidad lingüística?» debe ser mucho más matizada: para determinados ámbitos formales, entre los que se incluyen los académicos, sí; para otros distintos, más ligados a su vida cotidiana, no, e incluso pueden superar a sus iguales de otras clases. El problema es que son los ámbitos primeros y no los segundos los que están dotados de prestigio y los que se miden a la hora de atribuir capacidades o discapacidades.

b) Diferencias *cualitativas* frente a diferencias *cuantitativas*.

Aclaremos este tipo de diferencia con un ejemplo trivial: Hay fenómenos del español actual como la pronunciación de *x* intervocálica como [s] (*examen*), la de la terminación *-ado* como *-ao* y la de la pre-

---

47 Véase Hudson, *Sociolinguistics*, pág. 228.

posición *para* como *pa* que se documentan alguna vez en todos los niveles socioculturales. Pero la frecuencia de estas pronunciaciones varía de unos grupos a otros: mientras es constante en unos es esporádica en otros. Se trata de una pura diferencia en *cantidad* de apariciones.

En otros casos, sin embargo, hay elementos ausentes por completo en la conducta de algún grupo (conozcan o no tales elementos): hay grupos que nunca dicen *Entren y se sienten* y otros que nunca dicen (ni escriben) *Es el hombre de CUYA honradez se duda*. A estos elementos me refiero cuando hablo de diferencias *cualitativas*. Los sociolingüistas aluden con frecuencia a estos dos tipos de diferencias con los nombres de *estratificación continua* y *estratificación abrupta* o *discontinua* respectivamente.

Aunque esto puede variar según las sociedades y las circunstancias, en general en los niveles socioculturales altos es mayor el apego a la norma «estándar» o «co-

rrecta» vigente en la comunidad (de hecho es la que ellos patrocinan), de modo que los fenómenos estigmatizados o poco prestigiosos o «incorrectos», simplemente tienden a desaparecer en esos grupos si se trata de diferencias cualitativas o disminuyen notablemente en su frecuencia si las diferencias son cuantitativas. Dicho de otra forma, en los niveles más altos no suele oírse ni *Me se cayó* ni *No lo hizon porque no pudon* ni *Venir p'acá que sus mato* y se oyen con menor frecuencia que en otros grupos *esamen*, *callao* y *pa casa*. A su vez, dentro de cada grupo, los fenómenos poco prestigiosos disminuyen progresivamente conforme aumenta el nivel de formalidad de la situación, de modo que quien dice *callao* o *iban pa casa* no suele decirlo en una lección inaugural de curso, por ejemplo<sup>48</sup>.

---

48 De todos modos es un fenómeno visible en los últimos tiempos la progresiva entrada en las situaciones formales de rasgos propios del habla coloquial, incluidos los términos malsonantes. Basta, para confirmarlo, con echar un vistazo a ciertos programas de

Suele llamarse *variación estilística* a este comportamiento. En consecuencia, conforme se asciende en la escala sociocultural y en la de formalidad, la lengua se va haciendo más uniforme. Para exponerlo gráficamente se ha recurrido con frecuencia a la imagen de la pirámide: las diferencias entre hablantes son mucho mayores en la base que en el vértice. De ahí que, volviendo a una afirmación hecha al principio, los castellanos no tengamos ningún problema de comunicación con ningún hablante hispanoamericano culto cuando da una conferencia, por ejemplo, y podamos tenerlos, y muchos, cuando viajamos allá y hablamos con los nativos en un mercado.

En varios estudios, pero sobre todo en los del sociolingüista estadounidense Wi-

televisión, e incluso a los informativos. De todos modos es una tendencia mucho más acusada en España que en los países de América. En muchos de ellos es necesario un notable grado de osadía para pronunciar en público –e incluso en privado– la palabra *culo*.

lliam Labov<sup>49</sup>, se ha destacado el comportamiento especial en relación con la variación estilística de las clases medias bajas o, en general, de los grupos socioculturales que están inmediatamente por debajo del superior. En una escala de instrucción estos grupos se corresponderían con los que mi maestro D. Antonio Llorente llamaba los «semicultos». Tales grupos muestran una especial sensibilidad hacia los comportamientos lingüísticos propios y ajenos y tratan más que ningún otro de evitar los rasgos «incorrectos» en situaciones formales. Llegan en esto más lejos que los grupos superiores, en un comportamiento que ha sido tachado por Labov de «hipercorrecto». Es, además, el grupo en el que se detectan mayor número de ultracorrecciones, es decir, mayor número de casos de *Bilbado* por *Bilbao*, *vacear* por *vaciar* y simi-

---

49 Retoma la cuestión en varios trabajos, pero la expone por primera vez de forma detallada en «Hypercorrection by the Lower Middle Class as a Factor in Linguistic Change». En W. Bright (ed.), *Sociolinguistics*, The Hague, Mouton, 1966, págs. 84-112.

lares. Estos comportamientos se explican por su especial situación social: se muestran respetuosos con las normas en la medida en que les permitirán el avance social al que aspiran, pero no las conocen lo suficiente como para adoptarlas de manera satisfactoria.

c) *Diferencias funcionales frente a diferencias en las expresiones lingüísticas concretas.*

Las primeras se refieren a la forma de plantear la estrategia comunicativa que se va a utilizar; las segundas, a las palabras concretas utilizadas. Ya hemos visto algo parecido al hablar del comportamiento lingüístico de hombres y mujeres.

Un ejemplo: una vecina sayaguesa de mi madre nos decía cuando éramos niños:

Hala, rapaces, entrái p'adrento y cerrái la puerta.

Cuando esa misma orden nos la daba el maestro, decía en correcto castellano:

Hala, niños, entrad dentro y cerrad la puerta.

Las expresiones utilizadas en cada caso son distintas, pero la estrategia para dar la orden ha sido la misma: el uso directo de un imperativo. ¿Cuáles serían otras estrategias posibles? Pues, por ejemplo, las siguientes:

¿Entráis y cerráis, por favor?

Como os quedéis ahí con la puerta abierta os va a dar un pasmo.

En este caso hay también diferencias en las expresiones concretas puestas en juego, pero hay sobre todo diferencias funcionales, estratégicas. Estas diferencias existen abundantemente entre los diversos grupos socioculturales, pero suelen pasar desapercibidas, pese a su enorme importancia en la socialización del niño. De hecho, como vimos arriba, son ellas las que explican en buena medida el supuesto déficit lingüístico atribuido a veces a las clases más bajas por ciertos estudiosos. Algunos hablantes han aprendido que *Hace frío aquí, ¿no?* equivale a pedir que se cierre la ventana; pero para otros puede ser una simple afirmación sobre la temperatura ambiental. El

malentendido está servido. Lo malo es que la escuela ha solido prestar poca atención a esta cuestión, cuando lo cierto es que enseñar al niño a adoptar las estrategias comunicativas que se esperan de él en cada situación es clave para defenderse en sociedad.

Los buenos escritores tienen olfato para captar estas diferencias funcionales. Véanse un par de ejemplos. En ambos, un maestro albañil pide trabajo. En ninguna de las dos utiliza una estrategia directa (del tipo *Estoy buscando trabajo. ¿Tenéis algo para mí?*), pero en las dos es entendido perfectamente por su interlocutor, a pesar de que la segunda es muy indirecta:

–Me llamo Tom. Soy maestro albañil y un buen artesano. Mis hijos están hambrientos. He oído decir que tenéis una cantera.

–No podemos contratarte<sup>50</sup>.

---

50 Pág. 259 de la novela de Ken Follett *Los pilares de la tierra*, Barcelona: Plaza y Janés Ediciones, 1990. Traducción de Rosalía Vázquez. Cito por la 2ª edición, del año 2000.

–El nuevo prior parece decidido a mejorar el aspecto del monasterio.

–Pero a lo que no está dispuesto es a pagar por ello<sup>51</sup>.

Por cierto, repárese en que también hay diferencias funcionales en el rechazo del interlocutor, mucho más directo en el primer caso.

Un segundo ejemplo literario, esta vez de *Las aguas esmaltadas*. Aunque a ustedes les sorprenda, lo que sigue es una declaración de amor con petición de boda incluida:

–Mañana a primera hora, coges el coche de San Esteban y te compras el mejor traje de boda que tengan en Salamanca. Yo iré esta noche a estar con tu padre. Y habrá que hacer los papeles. ¡Y deja de llorar, la hostia, que te vas a sacar los ojos! ¡Mira cómo te has puesto el vestido!<sup>52</sup>

La estrategia comunicativa que emplea caracteriza perfectamente al personaje.

51 Pág. 298 de la misma novela.

52 Pág. 56 de la edición citada en una nota anterior.

Los humoristas explotan también a menudo la torpeza estratégica (que no exactamente lingüística) de sus personajes. Como en esta conocidísima tira de Quino:



O en la argucia que narra Gila para conseguir que confesara Jack el Destripador: ponerse a su lado y decir distraídamente, como quien no quiere la cosa:

Aquí alguien ha matado a alguien.

### 2.5. *La variación diafásica o situacional*

Di a la sabiduría: Tú eres mi hermana y llama a la inteligencia tu pariente. Para que te preserven de la mujer ajena, de la extraña de lúbricas palabras... No dejes ir tu corazón por sus caminos, no yerres por sus sendas, por más que, conociendo como conozco a los hombres, Mario, estoy segurísima de que me

la has pegado más de una vez y más de dos, me juego la cabeza. No hay más que ver cómo se presentó Encarna ayer, menuda escenita, yo no sabía ni dónde meterme, que Valen decía, «si parece ella la viuda, mujer», y es cierto, chico, que me puso en ridículo, ¡qué alaridos!<sup>53</sup>

Aunque no sepa explicar en términos técnicos en qué consiste, cualquier hablante de español percibe intuitivamente que en este texto de Miguel Delibes hay un cambio brusco de «tono» a partir de la expresión «por sus sendas»<sup>54</sup>. Lo que antecede tiene el aire solemne de los textos rituales; lo que sigue la andadura de una conversación coloquial. Un mismo individuo no habla igual en todas las situaciones, de la misma forma que no viste lo mismo en todas las situaciones: nadie se presenta (por ahora) en bañador a un examen ni nadie va con traje y corbata o con vestido de gasa al circo de Gredos.

---

53 Miguel Delibes, *Cinco horas con Mario*, capítulo XXII.

54 De hecho hasta ahí el texto original va en cursiva para marcar su carácter de cita bíblica.

Los hablantes incorporan este tipo de variación, que los lingüistas solemos llamar *diafásica*, a su competencia comunicativa. De no hacerlo producirán secuencias que no serán *agramaticales* –no romperán las reglas de la gramática– pero sí llamativamente *inadecuadas*. Compruébenlo imaginando la reacción de los oyentes si un doctorando empezara así la defensa de su tesis doctoral:

Aquí hace un calor que te cagas, pero pido a los coleguis del tribunal que no se me solivianten que yo no tengo rollete pa más de un cuarto de hora o veinte minutos.

O si alguien enunciara el conocido refrán

El ojo del amo engorda el caballo

de una forma parecida a esta:

El globo oftálmico del propietario torna obeso el equino.

Hay incluso etiquetas sociales para este tipo de desajustes: nuestro doctorando es un ordinario; el del refrán, un pedante. Observen, por otra parte, que la inadecuación diafásica puede surgir por desajuste

entre el mensaje y la situación, como en los ejemplos anteriores, pero también por discordancia entre las diversas partes del mismo mensaje. Es lo que ocurría en el texto de Delibes de arriba, y es lo que ocurre –y en ello se basa– el siguiente chiste:



Es frecuente entre los lingüistas explicar la variación diafásica recurriendo al *grado de formalidad* de la situación: no se pueden, en un contexto formal como el de la defensa de una tesis, utilizar expresiones lingüísticas propias de un contexto informal, el de una conversación entre amigos. Ahora bien, el concepto de formalidad

es más complejo de lo que pudiera parecer y no se ha logrado aún determinar exactamente qué factores lo determinan. En mi opinión, aunque intervienen varios de los que componen la situación (el tema, el lugar, el canal...), lo que resulta decisivo son las relaciones entre los participantes, esquematizadas de muy diversas maneras según los modelos, pero que podemos simplificar así: cuanto más activo sea el papel de los roles sociales para desencadenar la interacción, mayor será el grado de formalidad, sobre todo si estos roles incluyen relaciones de subordinación. La informalidad, en cambio, será propiciada por todas las circunstancias que minimicen esos roles y acentúen el carácter personal de la interacción. Así, si un profesor está juzgando, desde el tribunal, la tesis doctoral de un amigo, su discurso será más formal que el que le dirigiría en un bar, porque en ese momento son sus papeles sociales y no sus relaciones personales los que rigen el intercambio. Una conversación entre amigos hablando de fútbol delante de una cer-

veza sería el prototipo de «conversación informal», mientras que la entrevista de un alumno de doctorado hablando con el rector, al que no conoce, podría ser un buen ejemplo de «conversación formal». Es previsible (aunque ahora nunca se sabe) que de esta segunda conversación quedarán excluidos rasgos que podrían aparecer perfectamente en la primera, como *pitorreo, turulato, estar como una chota, currar, doler el coco, doler una pata, estar sopa*, así como en general los términos malsonantes; es también previsible que disminuyeran o incluso desaparecieran del todo rasgos de pronunciación como *ir pa la Facultad, hoy he estao ocupao, saldré por ahí* (pronunciado [ái]), *en eso estoy con us-té, la verdá*, etc.

De todos modos, solo la formalidad no explicaría de forma convincente todo el mecanismo de la variación diafásica. Repárese en que el texto de Forges que vimos arriba sería igualmente inadecuado si se formulara como se indica abajo, pese a

que los fragmentos nuevos, ahora subrayados, no son menos «formales» que el resto:

Quiero clausurar este Simposio de la Sociedad Internacional de Física Cuántica, *amadísimos hermanos*, con una aseveración tajante: me han *sustraído* el almuerzo.

Por otra parte, la intuición nos llevaría a decir quizá que la diferencia entre los miembros de cada par *morir / fallecer; morir / finar; el rey / el soberano; verano / estío* es de formalidad, siendo el primer elemento más informal que el segundo. Sin embargo, mientras *fallecer* podría entrar fácilmente en una conversación formal (“Mire usted, vengo a decirle que ha fallecido mi padre y que no voy a poder asistir a la reunión del día 20», dicho por un empleado a su jefe), difícilmente lo harían *finar, soberano* o *estío*: yo no me imagino al mismo empleado diciéndole a su jefe (aunque sea la persona más estirada y de más alcurnia del mundo)

Mi padre finó en el estío en que el soberano visitó Salamanca.

Y es que, con muchísima frecuencia, la variación diafásica no se asienta en la formalidad (o no se asienta solo en la formalidad), sino que depende de manera decisiva del *género discursivo* que trata de utilizar el hablante<sup>55</sup>. Llamaremos *géneros discursivos* a los diversos tipos de producciones lingüísticas que, a fuerza de repetirse en una comunidad, han adoptado patrones fijos que los hacen reconocibles y que cuentan con etiquetas convencionales que los nombran. En nuestro entorno cultural, serían géneros habituales, entre otros muchos, una carta, una tertulia, una crónica periodística, un debate, una clase, y, por

55 Otros autores lo llaman *registro*, término perturbadoramente polisémico. Muchos lo usan, por ejemplo, para aludir a los diversos niveles de lengua a que da origen la variación situacional, es decir, a los diversos «estilos» que surgen de la «variación estilística» de que se habló arriba. Para más detalles sobre estas cuestiones véase J. Borrego, «Niveles de lengua y diccionarios», en José Luis Blas, Manuela Casanova, Santiago Fortuño y Margarita Porcar (eds.), *Estudios sobre lengua y sociedad*, Castellón: Universidad Jaume I, 2002, pp. 105-151.

supuesto, el más universal y primario de todos: una conversación. Nótese que el respetar los patrones formales de cada género es importante, de modo que una instancia que no tenga «forma de instancia» será un texto «inadecuado». He aquí una muestra:

Buenos días, señor decano: me gustaría mucho estudiar en su Facultad el próximo año, así que me haría feliz si me admitiera. ¿Hará eso por mí? Por si se decide a hacerlo, sepa que me llamo José García García, que tengo el DNI xxx y que vivo aquí en Salamanca, en la calle el Greco, cerca de la Estación.

En caso de respuesta positiva, nos veremos por ahí el próximo año. Hasta entonces.

El escrito anterior está correctamente escrito, es respetuoso, tiene la misma función que una instancia, pero no es una instancia porque no respeta las condiciones formales del género textual «instancia». Cuáles son esas condiciones o *componentes* debe estudiarse para cada género y no siempre es tarea fácil, pero lo cierto es que, como ocurre con todas las cuestiones lingüísticas, los hablantes, al menos los debi-

damente entrenados en ese género, perciben intuitivamente los desajustes cuando suceden. Véanse estos ejemplos, tomados, aunque ustedes quizá no lo crean, de la vida real. El primero ya lo he mencionado otras veces y se lo debo –como tantas otras cosas–, a mi amigo y maestro Manolo Pérez López. Se trata de una notita que le dejó el conserje de un centro docente, antiguo guardia civil:

En su ausencia ha preguntado por usted un individuo denominado «gitano», el cual manifiesta: que le volverá a llamar.

De nuevo como en el caso de la instancia: la gramática, la puntuación, la ortografía, el contenido son correctos, pero esto no es una nota de aviso, es un parte de incidencias.

El segundo ejemplo también tiene como protagonista a un conserje, pero esta vez no como autor, sino como destinatario. Procede de un parte médico emitido en un centro de atención primaria del antiguo Insalud:

El asegurado [...] ha estado en cama los días 9-10-11 y 12 por TRANCAZO.

El desajuste es tan evidente que el propio conserje me lo enseñó como curiosidad y me proporcionó la fotocopia.

Uno guarda este tipo de textos para ilustrar una conferencia, pero también para demostrar que no se los ha inventado. Y es que justamente en ellos aparece el mecanismo típico de un recurso literario conocido como *parodia*. Este consiste, en efecto, en meter un texto en un molde textual muy fácilmente reconocible –no es en absoluto casual que las parodias se proyecten sobre géneros de omnipresencia abusiva en una época– para inyectar luego en él, de forma también evidente, alguno de los componentes de otro género muy distante. Con ello se produce no solo un efecto humorístico, sino también un cambio en la función.

Suele hablarse sobre todo de «parodia» cuando el mecanismo se aplica a obras enteras, y todas las literaturas conocidas están llenas de ellas: Recuérdense, por ejemplo, no solo el ejemplo tópico de *El Quijote* sino también, mucho más recientemente, la

hilarante novela *Pantaleón y las visitadoras*, de Mario Vargas Llosa, paródica en su globalidad, pero también en sus componentes textuales, hasta el punto de que consta en gran medida de partes militares, que responden al canon en su organización y su lenguaje, pero en el que se deturpa uno de sus componentes fundamentales: el tema. En efecto, en los moldes de los partes, respetados hasta el último detalle, se vierte un contenido tan poco castrense como la organización de un servicio de «visitadoras» (prostitutas) que aplaque los ardores sexuales de la tropa. Los partes mantienen, así, su función original en la ficción pero la pierden fuera de ella para convertirse en crítica del mundo en que se generan.

Pero, naturalmente, el efecto paródico puede afectar a textos de menor alcance, aunque con resultados similares: el ejemplo siguiente, que esta vez debo a la inabarcable generosidad de D. Eugenio de Bustos y a la no menor de su discípulo Juan Felipe García Santos, pertenece a un

examen real (también tengo la fotocopia), que trata de responder a la pregunta «Dialecto navarro-riojano» y que comienza así:

Fruto de los efluvios vitícolas de estas tierras la lengua toma un cariz especial. Esto se pone de manifiesto especialmente en el timbre de las vocales, que se hace más turbio (curioso ¿eh?, del verbo «mas-turbiarse»), más denso, si se quiere, más alcohólico. Con respecto a las consonantes, la falta de agilidad y destreza de la lengua (fruto, insisto, de los «efluvios vitícolas») hacen que estas nos resulten incomprensibles.

De nuevo se juega con el mismo artificio: volcar en los moldes de un género bien caracterizado (un examen) un tema que no encaja con el propuesto. Y, otra vez, se produce un cambio de función: el alumno no trata de aprobar el examen, sino de otra cosa, que él mismo señala más abajo:

Bueno, Dn Eugenio, no he querido ofenderle. Supongo que llevará unos 10 o 15 exámenes corregidos, todos iguales, «monotonía de estupideces tras los cristales», y yo he querido aprovechar la ocasión para darle un motivo para que se fume un cigarro y se pregunte: «¿Quién coño es el gilipollas este?» Si a lo me-

por logro arrancarle una sonrisa pues no se preocupe y a vivir, que la vida es breve.

Por cierto, D. Eugenio no entró en el juego: lo calificó con un uno (bajo) y añadió con su bella caligrafía de pendolista: «Majadero».

La proximidad entre los mecanismos de la parodia y los de la impericia para manejar los textos hace que a veces el interlocutor se pregunte ante cuál de los dos fenómenos está exactamente. Así nos ocurre al leer este recurso, presentado en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 5 de Gerona<sup>56</sup> (transcribo literalmente):

No estoy de acuerdo con la sentencia por que, de haberme presentado a la hora citada, la sentencia podría ser otra.

El motivo por el cual llegé 10 minutos tarde, es que justo cuando decidí salir de casa para presentarme a la citación, me entraron ganas de cagar y por estos motivos presento el recurso de apelacion.

---

56 Tiene registro de entrada del 14 de mayo de 2003 y también guardo fotocopia.

El juez que recibió el recurso manifiesta compartir las dudas del lector, y así razona:

Sin duda alguna, en la tesitura de escoger entre una y otra deposición, una, por evacuación del vientre, otra, por manifestación ante el Juez como acusado, cualquier persona habría de optar por la primera por los graves apremios que supone el caso de no ser satisfecha esa necesidad fisiológica, siendo poco higiénica la presentación ante un Tribunal en otras condiciones que no sean las de un completo descargo. [...] Sin embargo, pese a lo expuesto con anterioridad no podemos acceder a lo que nos solicita porque la parte ni demuestra la existencia del sorpresivo apretón que refiere, ni acredita que, cuando después de sofocar sus presurosas consecuencias, acudió inmediatamente al acto del juicio, este ya había concluido.

Mucho nos tememos que la que el recurrente llama causa de su inasistencia no sea sino una forma de burlarse de la administración de justicia que le ha condenado, que si bien admitimos con sentido del humor desdeñamos como motivo de apelación.

### 3. CERRANDO EL CÍRCULO: CONCLUSIONES

Volvamos, pues, a la tarea del gramático (y del lingüista) con la que abríamos esta

charla. Al pretender dar las reglas que expliquen todas las oraciones del español pero solo las oraciones del español, va a tener que dejar fuera un número infinito de secuencias, es decir, va a tener que elegir. ¿Y qué va a hacer con *Esto es así, se los juro, señores; Esto supermola mazo; Así que ya la digo, señá Tomasa?* En lo que precede hemos ido dejando entrever varias opciones: una es decir, como muchos de los hablantes normales, que «no existen». Pero, naturalmente, ello supone dar un significado especial a «no existir» o bien negar la evidencia. Otra es decir que no pertenecen al español, pero eso también es negar la evidencia, puesto que quienes las emiten es esa la lengua que hablan y desde luego no son secuencias equiparables al *Por escrito gallina una* de Cortázar. Una tercera opción, quizá la más practicada, es actuar como si no existieran, es decir, escribir una gramática del español en que no se aluda a ellas para nada. La forma de justificarlo, cuando se hace, es alegar que solo interesa el español

estándar culto, como si determinar qué es el «español estándar» y qué se entiende por «culto» fuera tan sencillo. La opción cuarta sería aludir a ellas, reconocer que existen, que pertenecen al español pero que son «incorrectas». Es la postura elegida por las llamadas «gramáticas normativas», que no tienen problemas hasta el momento en que intentan razonar la incorrección y se encuentran con lo difícil que es encontrar un patrón de medida coherente.

La quinta, por fin, es aceptarlas, describirlas y decir, en la medida de lo posible, cuáles son sus usuarios habituales y en qué situaciones quienes las oyen las van a juzgar o no adecuadas de acuerdo con los patrones normales en la comunidad. Es, más o menos, el itinerario seguido en esta charla y no podía ser de otra manera: para un lingüista las palabras son como sus hijos, y aunque uno sea más guapo, otro más rubio, otro más listo, a todos les da de comer –y le dan de comer a él– y los quiere a todos por igual.

SE ACABÓ DE REDACTAR ESTA *LECCIÓN INAUGURAL*  
EL 17 DE AGOSTO DEL 2008. EN ESE MISMO DÍA  
DE 1631 MORÍA EL MAESTRO CORREAS,  
VENERABLE PATRIARCA DE LA VARIACIÓN EN LA LENGUA

